

JORGE LUIS PORRAS, Ph. D.

Facultad de Estudios Hispánicos,
Universidad de Puerto Rico.

¿QUE ES LEER DESDE EL PUNTO DE VISTA INDIVIDUAL Y SOCIAL?

MI ENCOMIENDA en este acto consiste en desarrollar dos aspectos del tema general: ¿qué es leer? La Dra. Antonia Sáez los ha expresado en palabras claras y certeras en el trabajo que ha servido de punto de partida para considerar el mencionado tema. El primero: "La lectura como instrumento social, como medio de conocer, de facilitar la relación entre los hombres, salvando las limitaciones del tiempo y del espacio; por tanto, como obligación ciudadana que han de compartir por igual las instituciones sociales y los individuos". El segundo: "La lectura como instrumento de superación individual, ya que la lectura salva al individuo de su indigencia. Pone a su servicio todo el saber humano, sin más limitación que la que impone la propia naturaleza, la propia capacidad cognoscitiva..."

Intervengo en la discusión del tema, ¿qué es leer?, sin pretensión alguna de autoridad. Las ideas, modestas y seguramente conocidas que exponga, no se han formado en el estudio sistemático y científico de los problemas de la lectura.

Son de origen empírico: Han surgido de mi doble experiencia como lector desde temprana edad y como catedrático de lengua y literatura en los últimos doce años. Y entro ya en lo que nos interesa.

Casi podría afirmarse que el separar el aspecto individual de la lectura del social, es más bien una distinción cómoda, para facilitar el estudio de esta fase del problema, que exacta. El individuo y la comunidad son tan interdependientes que el uno es inconcebible sin lo otra, y viceversa. Esto no significa que el individuo no exista o que la comunidad sea una mera suma de individuos. Sin duda existen, como entidades físicas y personalidades únicas, Juan, Pedro, el Presidente Eisenhower. Pero Juan, Pedro, el Presidente Eisenhower, son, en lo que importa más —la cultura—, producto de una sociedad: Sus ideas, actitudes, costumbres, valores, etc., y sobre todo, su lengua, no son creaciones propias, sino herencia social. Claro es que el individuo puede acrecentar o modificar de algún modo esa herencia, y hasta como un heredero irresponsable, utilizar estúpidamente su caudal hereditario. Pero aun los que se rebelan contra esa herencia social, los que aspiran a transformarla radicalmente, o los que sólo reniegan de ella, dirigen su pensamiento y su acción contra un sistema de instituciones, ideas, fenómenos y valores, que ellos no han producido, sino que formaron generaciones de antecesores suyos en largos siglos de convivencia. Robinson Crusoe mismo, en la sociedad de su isla, no estaba culturalmente solo: Con él estaban las ideas, los sentimientos, los valores, ciertas técnicas, el idioma de su patria lejana.

Por otro lado, las comunidades existen como cualidades físicas, biológicas y culturales: Ocupan un determinado territorio; poseen a veces características biológicas que las distinguen netamente de otros grupos humanos; y, lo que es más decisivo, pertenecen a una cierta cultura o modalidad cultural; es decir, disponen de una herencia social propia, que nunca es idéntica a la de otro núcleo humano.

¿Qué consecuencias supone, para la lectura, el hecho que

acabamos de explicar sucintamente? Que lo individual no puede divorciarse de lo colectivo y que éste implica aquél. ¿Qué es leer, desde el punto de vista del complejo individuo-sociedad? Consideramos la cuestión desde varios ángulos. Empecemos por los objetivos de la enseñanza, de la lectura y de la lectura misma como quehacer humano.

La primera conclusión a que lógicamente nos conduce el mencionado principio es la perfecta integración —fusión, podría decirse— que debe existir entre los propósitos individuales y los sociales de la lectura. Cuando hablamos de objetivos individuales y objetivos sociales de la lectura realmente estamos refiriéndonos a un mismo fin que presenta dos caras —anverso y reverso— como una medalla. El proceso de aprendizaje de la lectura —que trasciende los límites de la instrucción formal para coincidir con la vida misma, pues el lector está siempre en formación— y la práctica de ella en la vida cotidiana, no deben, no pueden plantear discrepancias irreconciliables entre lo individual y lo colectivo. En otras palabras: Un objeto legítimo y valioso desde el punto de vista personal lo será también si lo enjuiciamos socialmente, y a la inversa. Analicemos algunos ejemplos ilustrativos.

Tomemos uno cualquiera de los objetivos de la enseñanza de la lectura y de ésta como actividad espontánea. Pongamos por caso el siguiente: La lectura sirve para ampliar el conocimiento. De un lado, es el individuo quien profundiza y ensancha su saber leyendo. Pero de otro, ese saber no es obra de tal individuo, sino del grupo social y de otros conjuntos humanos del pasado y del presente en diversos lugares del planeta y bajo circunstancias históricas muy variadas. Más aun —y he aquí lo esencial— a mayor conocimiento del saber individual, mayor riqueza del saber colectivo. Cuando alguien descubre una verdad o inventa un objeto, tal verdad o invento pasa a formar parte de la herencia social tan pronto es aceptado por la comunidad. Y una vez socializado no pertenece a nadie en particular, ni siquiera al que le dio vida, sino a todos. Ese es el destino de los frutos culturales.

La analogía con la lengua es obvia. Todo cambio en el idioma se origina en un individuo. Mientras sea únicamente un hecho personal, pertenece a lo que Ferdinand de Saussure llama el "habla". En cuanto recibe la aceptación social necesaria con el uso, deja de ser un rasgo individual y forma parte ya del sistema colectivo de expresiones, de lo que el mismo lingüista denomina la "lengua". Pero del mismo modo que, si no es imposible, resulta improbable que una comunidad lingüística acepte cambios que sean demasiado extraños al espíritu de su lengua o que juzgue completamente innecesarios, parece también muy difícil que haya conflicto serio entre los objetivos que la lectura debe perseguir en lo individual y en lo social.

Otro objetivo —entre los muchos que se citan— de la lectura, es contribuir a formar elevados ideales en el hombre. Pero los ideales son valores: Aspiramos a la libertad porque la consideramos un valor; amamos lo bello porque la belleza es un valor. Lo mismo puede decirse de los demás valores: La verdad, el bien, la religión, la justicia, la fraternidad, etc. Y los valores lo son no porque un solo individuo crea en ellos y luche por que se realicen, sino porque muchos hombres se han identificado con ellos de tal modo, a través de la historia, que ya constituyen un sistema de normas supremas vigentes en una cultura o pueblo, aunque nunca cristalicen cumplidamente. Sería peligrosa contradicción, por ejemplo, que mientras por un lado se acepta la fraternidad entre todos los seres humanos como uno de los valores definitorios de la tradición cristiana, por otro, las lecturas que pusiéramos en manos de nuestros educandos fomentaran la división social fundada en prejuicio, incompresiones y odios.

Parecido análisis podría efectuarse con todos los objetivos de la lectura. Siempre comprobaríamos el mismo principio: El complejo individuo-sociedad es indivisible. Para resumir este punto, digamos que en lo que concierne a los objetivos de la lectura, tanto en su enseñanza como en su práctica independiente, dicho principio opera así: Leer es un proceso de socia-

lización gradual y al mismo tiempo una defensa de la personalidad individual.

Al señalar la interdependencia entre el individuo y el grupo social, no estamos, como se advierte fácilmente, abogando por una filosofía de conformismo o regimentación. Señalamos, simplemente, lo que de social hay en cada hombre y lo que la comunidad debe al individuo. No se trata de supeditación del uno a la otra, sino de interacción entre ambos.

El complejo individuo-comunidad funciona en otro plano: Los medios para realizar los objetivos de la lectura. La experiencia individual constituye uno de los puntos de partida básicos en la enseñanza. Nunca se destacará suficientemente la necesidad de conocer las experiencias del educando para construir el programa de estudios, orientar la metodología y comprobar los resultados de la educación. Pero aun en este terreno actúa como criterio de selección y evaluación lo social. El individuo, no importa su edad, nivel de cultura, inteligencia, posición social y económica y otros factores, pasa por una gran diversidad de experiencias que le afectan en mayor o menor grado. Pero no todo ese caudal de experiencias es utilizable en la enseñanza, porque muchas de éstas son indeseables, improductivas o imposibles de reconstruir en el proceso educativo. Es imprescindible, por consiguiente, seleccionar, reconstruir inteligentemente las experiencias del alumno que han de usarse como una de las directrices de la enseñanza.

Los libros son experiencias seleccionadas y reconstruidas, aun los cuentos de hadas, pues tan experiencia es un viaje soñado como un viaje real, aunque de distinta índole. No todos los libros, sin embargo, como no todas las experiencias del estudiante, son recomendables para la enseñanza. Se impone, por lo tanto, la necesidad de escoger los más adecuados para los fines de la lectura y la educación en general. Si lo escrito —libro, revista, periódico, etc.— es, además de un cúmulo de experiencias objetivadas, el principal instrumento para lograr los propósitos de la lectura, ¿qué papel desempeña, en cuanto a los medios para conseguir tales objetivos, el principio de la inseparabilidad entre individuos y grupo social?

Lo social, en forma de valores, ideas, patrones de conducta, actitudes, etc., intervendrá, repetimos, como criterio de selección y evaluación. Del mismo modo que el maestro evita con tacto que un alumno relate en clase, ingenua o maliciosamente, una experiencia suya impropia de tal lugar, porque el evitarlo responde a uno de los más respetables fines de la enseñanza —la formación de individuos moralmente sanos—, la conciencia social recoge las normas que la propia comunidad ha establecido como válidas para todos los que conviven en su seno y las convierte en guías para escoger lo que debe leerse en la escuela, y a veces fuera de ella también. Tales normas no tienen que formularse explícitamente; están implícitas en la vida social, y quizás por ello son más eficaces.

Casi nunca hay discrepancia insalvable entre la conciencia del individuo —sus intereses, ideas, actitudes, valores, etc.— y la conciencia comunal, porque, como hemos visto, el hombre es, ante todo, creación de la cultura a que pertenece, arcilla que la acción recíproca entre persona y comunidad va modelando lentamente. Subrayo lo de discrepancia *insalvable*. Esto implica que en cuanto a la selección del material de lectura, encontraremos una vez más armonía entre el individuo y su grupo social. Los casos de franca disparidad son bastante raros y deben tratarse individualmente, como manifestaciones de posible desajuste social o personalidad desviada.

Tampoco se trata en este caso de tiranía por parte de la colectividad sobre el individuo, ni de amenazas al libre desarrollo de la personalidad individual. Significa sólo que debe reconocerse la mutua dependencia existente entre individuos y sociedad. Pero aun el más intransigente enemigo del orden social vigente tendría que dejar en pie ciertos valores, determinadas instituciones, a modo de cimientos para erigir sobre ellos la nueva sociedad a que aspira.

Sinteticemos lo que para el problema, ¿qué es leer?, representa en cuanto a los medios para conseguir los objetivos de la lectura, el funcionamiento del complejo individuo-comunidad. Saber leer envuelve no sólo el dominio de la llamada

mecánica de la lectura y de los procesos conocidos como comprensión, interpretación, evaluación y asimilación, sino que implica en sí mismo el ejercicio de la habilidad para seleccionar las lecturas y todo otro medio sugerido por ésta o asociado a ella, capaces de contribuir a la más armónica y completa realización posible de los fines supremos del individuo y la sociedad. En otras palabras, saber leer es saber escoger lo que ha de leerse; encontrar en la lectura caminos que conduzcan a las metas deseadas; poder discernir entre los múltiples instrumentos culturales los más convenientes para la realización de aquellos propósitos. Este es, a mi entender, uno de los valores instrumentales más preciados de la lectura.

Hay un último aspecto de la constelación de problemas de la lectura al cual deseo referirme a propósito del principio de interdependencia entre lo individual y lo social. Aludo a la evaluación de los logros de la lectura.

Probablemente no haya ninguna otra fase de la enseñanza que preocupe e interese más hoy día que la evaluación del proceso educativo. Quizás tampoco encontraremos otra en que sea más difícil obtener resultados convincentes, ya sea porque faltan en muchas áreas educativas —quizás en todas— instrumentos suficientemente seguros, variados y completos para determinar con certeza los logros; ya sea porque todavía carecemos de una teoría válida o generalmente aceptada de lo que es evaluación; bien porque la evaluación comprende todas las fases de la enseñanza; bien porque los resultados más importantes de la educación no se revelan ni pueden estudiarse a corto plazo, o por otras razones. Lo que es cierto de la evaluación general de la enseñanza, es cierto asimismo, aunque en una zona más restringida, de los logros de la lectura.

¿Qué es leer, en lo que respecta a los resultados de la lectura y con relación al funcionamiento del complejo individuo-comunidad? De lo antedicho se deriva la dificultad de atinar con una respuesta satisfactoria. Además, ni nos interesan ni podemos servir recetas para curar los males de la enseñanza. Queremos más bien apuntar problemas, subrayar prin-

cipios conocidos que no siempre se tienen en cuenta, estimular la reflexión en torno de las cuestiones centrales.

Sabido es que existen diversas maneras de practicar la evaluación, que no se excluyen mutuamente: la observación del maestro, los exámenes y pruebas de aprovechamiento, y otras. ¿Se han de comprobar los logros de la lectura en términos de aprovechamiento; es decir, con criterio predominantemente intelectual, o en términos de crecimiento de la personalidad total del alumno; comprensión de la sociedad y la cultura a que pertenece, sentido de responsabilidad social, adhesión a los valores más altos de la vida, enriquecimiento de la sensibilidad estética, capacidad creadora, y otros resultados fundamentales? A nuestro juicio es legítimo y necesario emplear ambas clases de comprobación. Lo importante es no confundir los fines más altos de la enseñanza con los objetivos más o menos inmediatos y limitados de las diversas materias que se enseñan, los cuales, a su vez, derivan su justificación e importancia relativa del hecho de que han de coadyuvar a la realización de los objetivos cardinales de la educación. Lo esencial es no convertir los medios en fines: las materias del programa en finalidades en sí mismas.

Creemos que también en la fase de la evaluación se sostiene en pie el principio de la inseparabilidad de lo individual y lo colectivo. Si gracias a la lectura —medio para conseguir ciertos fines— brindamos solaz provechoso al individuo, ampliamos su horizonte mental, refinamos su gusto estético, maduramos su comprensión del hombre y la cultura, ahondamos su sentido de solidaridad humana por encima del tiempo y del espacio, afirmamos su conciencia moral, le orientamos hacia una vocación descubriendo sus aptitudes e intereses —no sólo hemos educado |adecuadamente a ese individuo. Habremos reafirmado, además, los valores sustantivos de la cultura. Nuestra obra se proyectará sobre la comunidad, porque todos aquellos son fines que ésta estima valiosos, que ha consagrado como dignos de ser conquistados, y, además, porque ese individuo, formado de manera tan completa, será una fuerza vitalizadora

del cuerpo social. Tal comprobación a largo plazo sería la más efectiva validación, no únicamente de la lectura, sino del proceso educativo total.

Habrán notado los estimados compañeros que en ningún momento nos hemos referido a niveles de enseñanza; que no hemos explicado de qué manera opera en cada nivel el principio individuo-sociedad. No lo hemos hecho porque preferimos pensar en la educación como un proceso ininterrumpido, no como una serie de etapas, y en la personalidad del estudiante como una realidad fluída que sin perder su sentido de continuidad cambia constantemente. Pero hay otra razón: el principio de la interdependencia entre el hombre y su grupo social es válido a lo largo de toda la enseñanza y en la vida del ser humano desde el nacimiento hasta la muerte. Recordemos el caso ejemplar de Robinson Crusoe. Cuando en primer grado iniciamos al niño en el aprendizaje de la lectura, ése es un hecho de tan profunda significación social como el que más. Sólo le supera en valor socializador el enseñarle a hablar. Y ello es así porque al enseñarle a leer le estamos poniendo en contacto con el medio más confiable, rico y fácil de posesionarse del saber acumulado por el hombre. Y a la vez, le abrimos el sendero que conduce hacia ese prado en el que florecen las más duraderas, bellas y significativas creaciones del espíritu humano: la literatura.

Al término de este análisis de la interdependencia entre individuos y comunidad, desde el ángulo del problema ¿qué es leer?, podemos resumir nuestras ideas en los siguientes principios:

- 1— El individuo y la sociedad de que forma parte son inexplicables el uno sin la otra, y a la inversa.
- 2— La interacción entre ambos constituye uno de los supuestos básicos de la enseñanza en todos los niveles y en todas las fases del proceso educativo.
- 3— Leer es contribuir a formar individuos con personalidad plenamente desarrollada y sociedades capaces

de crear las condiciones favorables para que se desenvuelvan a cabalidad las diferencias individuales, sin menoscabo de una fundamental solidaridad social, y aptas para transformar inteligentemente el orden vigente, con el fin de satisfacer las necesidades privadas de cada momento histórico.